

AMERICA LATINA EN TIEMPO REAL

Manuel J. Benítez de Castro

Samuel Huntington, en su libro “Choque de Civilizaciones”, define a América Latina como “un brote inmediato de otra civilización de larga vida”, que es la occidental. De esa primera aproximación se deduce que América Latina constituiría una civilización en sí misma, “emergente” de otra, dos postulados ya de por sí relevantes en el campo de las relaciones internacionales. Pero más adelante afirma que América Latina “puede ser concebida tanto una subcivilización dentro de la civilización occidental, como una civilización separada con una cercana filiación con Occidente y dividida sobre su pertenencia a Occidente.” Y agrega: “Para un análisis centrado en las implicancias políticas de las civilizaciones, incluyendo las relaciones entre América Latina por una parte y Norteamérica y Europa por la otra parte, la última designación es más apropiada y útil.”

El concepto de “subcivilización” no tiene una connotación muy precisa, no está muy claro si se deduce de algún patrón más o menos científico (aparte el mal gusto de boca que deja esto de sentirse culturalmente “supeditado” a una cultura lejana), pero con un pequeño esfuerzo de gentileza Huntington podría haber recurrido a la noción de “estructura emergente”, que es de muy interesante aplicación para definir la cultura latinoamericana en su relación a la occidental, dado que lo que define a una estructura emergente es la característica de haber sido originada por una determinada configuración estructural – ergo, históricamente condicionada por la misma -, que se desarrolla y genera sus propios atributos y capacidades e interactúa autónomamente con la estructura de la cual se desprende. Por lo tanto, si bien este encuadre no nos dice todo sobre América Latina, nos dice mucho sobre su relación con Europa y los Estados Unidos, que es lo que a Huntington le interesaba primordialmente.

También nos indica que Huntington, como muchos otros académicos europeos y norteamericanos, tampoco tenía muy en claro cómo encuadrar teóricamente a América Latina, una cuestión de sumo interés político y académico.

El “pliegue” cultural

Un aporte ontológico. Por otro lado, esa aproximación teórica se hubiera visto mucho más favorecida por la adopción de una premisa que, como una lente de corrección, ayuda a “enfocar” América Latina con mayor precisión. Me refiero a la noción del “pliegue”, desarrollada por Deleuze: Así como un pliegue mantiene la textura y color de un tejido, pero continua sus temas a partir de una disrupción, en un nivel diferente, América Latina, como estructura emergente del momento expansivo de esa otra estructura que fue la civilización europea en los siglos XV al XVIII inclusive, es, en realidad, un “pliegue” de la cultura occidental. El pliegue hace una diferencia en la continuidad y así, siguiendo siempre la analogía de Deleuze, América es un pliegue que se “despliega” de la cultura occidental con un resorte propio, marcando una continuidad cultural que emerge de la discontinuidad histórica, y que lleva a lo largo de su desarrollo ese doble signo de continuación discontinuada. Dicho sea de paso, digo ahora “América” porque ese criterio es aplicable también a la América del Norte, con sus particularidades.

La historia latinoamericana de los siglos XIX y XX reafirma la analogía del “pliegue”. Basta considerar la influencia que tuvieron en nuestro continente el pensamiento y las instituciones europeas en el proceso de independencia y formación del Estado, la orientación de las relaciones comerciales y, en el siglo anterior, el efecto que produjeron en la región la dos Guerras mundiales – que Hobsbawn llama “guerras civiles de Europa”-, la crisis del 30, y los movimientos anarquistas, sindicalistas y nacionalistas, por mencionar los hechos más evidentes.

Sus causas. Cuatro factores principales convergieron en la producción de ese “pliegue”: el insoterrable multiculturalismo de la sociedad latinoamericana; la importación de las representaciones colectivas españolas y portuguesas en los siglos XVI a XVIII, entendidas como tales los valores, ideas, instituciones, normas, organizaciones, procedimientos y mecanismos que se implantaron en tiempos de la colonia, y posteriormente las instituciones europeas y norteamericanas con las que se forjaron los órdenes políticos en el siglo XIX; y por último la influencia de las dimensiones temporal y espacial de América en la realidad cotidiana de esos siglos.

La cuestión a debate, actualmente, es el alcance del cambio que se produce con el acceso a la tercera fase de la globalización capitalista, la decadencia de la modernidad y el tránsito hacia una nueva era cultural que está “transversalizando” el mundo y sus normas. En los veinte años que nos separan del momento en que Huntington publicó su

célebre libro, por marcar un hito más generalista que la caída del muro de Berlín, esta nueva era cuyo brote despunta va mostrando cambios sociales, políticos y económicos, en suma cambios culturales, que anticipan una América Latina autónoma en el contexto del proceso global. Curiosamente podría decirse que América Latina está en proceso de transformación de una “cultura emergente” a una “nueva cultura global”, si se entiende este último término no en el sentido de “la” cultura global, sino más bien como una cultura en sí, diferente y homologable a las demás en el contexto de la globalización.

Tiempo y espacio. La cuestión del “tiempo” no implica postular una asincronía en la cultura occidental, ni siquiera en esa primera fase de la globalización que podríamos llamar “la globalización a vela”. Se trata más bien de observar el proceso de integración de América Latina al imperio español y al mundo europeo, desde fines del siglo XV hasta comienzos del XIX, para comprobar que las sociedades de la colonia realizaron en esos tres siglos una evolución equivalente al tránsito desde la alta Edad Media a la naciente modernidad, en ritmo acelerado. Los tiempos de las sociedades latinoamericanas siempre fueron acelerados en relación al tiempo que les tocaba vivir. La dinámica de cambio y de progreso fue, desde un principio, muy diferente en América, y esa particularidad del “tiempo percibido” establece otra profunda diferencia en el desarrollo de las instituciones, organizaciones y modos sociales occidentales oportunamente importados de Europa.

Gianni Vattimo, en su visita a la Argentina en 1987, expresa esto con gran claridad. En unas conversaciones recientemente editadas, comienza preguntándose si la experiencia de Europa puede influir o considerarse un parámetro en América Latina. Señala que en ese momento la idea de revolución había perdido sentido en Europa, porque para la izquierda tradicional ya no era un ideal practicable y para la Europa oriental era imposible, y se pregunta si ese proceso revolucionario burgués era un proceso necesario, que debía ser replicado en todos los países del mundo, o si había cambiado algo que lo anulaba. Observa que “las revoluciones burguesas europeas de los siglos XVIII y XIX tenían un componente ascético de acumulación de capital, de seriedad en la personalidad, que podía realizarse porque no había ejemplos de un mundo más desarrollado.” Y agrega: “Aquí hoy no se puede imaginar una revolución burguesa porque en el entretiem po el desarrollo económico de otras regiones, como la de Europa occidental, han impuesto modelos que desautorizan y le restan sentido a este cuadro.” Posición que ha defendido Wallerstein en contra de la teoría de la modernización, en este caso más directamente referida a la situación latinoamericana. Y Vattimo agrega: “Pero el problema del

posmodernismo aquí –filosóficamente hablando- es este: si adherimos a la idea de que hay un paradigma de desarrollo en el cual Argentina o América Latina está en una fase precedente, entonces tenemos que hablar de una revolución modernizadora. Hablar de una actualidad posmoderna aquí sólo se puede hacer si imaginamos que las condiciones o etapas del desarrollo no se repiten igual en todo el mundo, sino que son diferentes en cada lugar, ahí habría una posibilidad de posmodernismo en los países que no han realizado un modernismo intensivo...” Y entonces entra de lleno en la cuestión que nos ocupa. “Un problema filosófico sería la reflexión sobre la transformación de la experiencia del tiempo, el cuestionamiento a la certeza de la noción lineal de la historia. Hay países donde la modernidad no se realizó del todo, entonces el contra-argumento puede ser que no existe tal cosa como una ley evolutiva que funciona igual para todos, y por ende no tendríamos por qué esperar que tal o cual situación nos pase a nosotros. Yo creo –dice Vattimo- que otro aspecto del posmodernismo que concierne a países como Argentina – o más en general a América Latina – puede ser la liberación de las culturas locales, lo que en mi opinión no significa la búsqueda de una identidad fuerte como si el problema fuera el de reconstruir una identidad perdida, sino fortalecer las comunidades locales, como las que representan los dialectos.” Pero, continua “...garantizar la supervivencia de culturas locales, no me parece que esto sea posmoderno, más bien es una idea muy premoderna. Por supuesto que quiero que las culturas se expresen, pero tal vez aquí sería más relevante el fortalecimiento de un pensamiento autóctono, es decir, no depender políticamente del extranjero, eso me parece más significativo políticamente, aunque actualmente no hay más culturas que puedan seguir pensándose como rigurosamente nacionales, sino culturas mezcladas, contaminadas, en el sentido latino de la palabra.”

Otro tanto cabe decir de la dimensión espacial que, a diferencia de la anterior, ha merecido mucho más reconocimiento y desarrollo. El espacio, que es exuberancia imponente en los trópicos e inmensidad de horizonte en las pampas, es también distancia en la cultura y en la vida. Las enormes distancias que separaban América Latina del resto del mundo exterior, como las distancias internas en las sociedades de la colonia, hasta el siglo XX impusieron una marca distintiva en el desarrollo de la cultura occidental americana, tanto de las instituciones como de las organizaciones, y le dieron al hombre americano un perfil claramente diferente en su estar frente a la naturaleza y la historia. Un excelente ejemplo de la pervivencia de ese efecto está plasmado en “Cien años de soledad”, y más aún en la identificación que tuvo esa obra magistral en toda América Latina. De hecho, todo el “realismo mágico” latinoamericano nos está hablando de un continente en el que el tiempo ha transcurrido de otra manera, con otro ritmo.

Estas dos dimensiones “diferenciales” en la evolución de América Latina están ahora en un momento de cambio, estamos entrando en ese tiempo de “posmodernidad” que posibilita la expresión autónoma no de una cultura redimida sino de una cultura local, necesariamente híbrida, contaminada por influencias transversales y globales, que expresa temas comunes con variaciones propias en el “tempo” de la globalización.

Deconstrucción de América Latina. Ante todo, por qué “América Latina”? Qué tiene de “latina” América Latina, y por qué sería ésta su denominación distintiva? Una primera mirada, más intuitiva que analítica, al universo latinoamericano advierte que esa designación responde a algo que escapa al ojo. Es más bien la falacia de una denominación “por exclusión”: América Latina es aquélla parte de América continental que no es anglosajona, que fue europea y ya no lo es, una Iberoamérica que ha roto el molde...

La “latinidad” de Latinoamérica surge más de una analogía que de una semejanza. Como la Roma del Imperio, lo que resalta en una primera visión de América Latina es ese rizoma de culturas heterogéneas que conviven sin amalgamarse enteramente, un universo multicultural y colorido, más o menos híbrido, que a su vez va evolucionando con una dinámica acelerada y una gran plasticidad a los cambios del contexto global. Como aquélla latinidad original, ésta se define por oposición a sus fronteras, en este caso al Norte, y se caracteriza más por una afinidad de convivencia que genética. Es la latinidad después de Caracalla, la que se allana en aras de la unión y por necesidad de los tiempos.

Si en el campo ontológico prima la diversidad, la praxeología latinoamericana muestra una sólida vocación de unidad, cooperación y convergencia política entre las naciones que la integran, como si fuera producto de la memoria de una patria irredenta que la independencia desmembró, una comunidad de intereses que no anulan los intereses nacionales pero los asimilan. En este sentido, América Latina es lo que hacemos al mancomunarnos por oposición al Norte anglosajón, al mundo gringo y en relación a Europa, y en realidad, América Latina es otro objeto de lo que Bhaskar denomina “objetos intransitivos de conocimiento”, intangibles que sólo tienen una existencia real a través de sus efectos, que son en cambio muy reales y tangibles. América Latina no se presenta en la realidad, pero se hace real en nuestras mentes y, a través de nuestras acciones, en sus efectos.

Las sociedades latinoamericanas

El despertar indígena. Uno de los principales rasgos característicos de América Latina en el comienzo del siglo XXI ha sido el “despertar del mundo indígena” latinoamericano. La emergencia de las culturas indígenas locales, que empiezan a expresarse por sí y para sí, no ya en busca de alguna redención o restauración, sino de cara al presente y al futuro. Se cumple aquí el veredicto de Huntington, en el sentido de que el fin de la guerra fría traería a primer plano la cuestión de las identidades nacionales y la emergencia de conflictos culturales, por la reafirmación de las identidades étnicas, religiosas o culturales, anteriormente supeditadas por el conflicto central entre capitalismo y comunismo.

En América Latina esos conflictos no se vienen manifestando en forma tan cruenta como los del Medio Oriente, y en cambio tuvieron o van teniendo una resolución relativamente democrática y pacífica. Sin entrar por ahora en el análisis de los aspectos políticos de la cuestión, importa señalar este despertar de la identidad indígena, que implica la emergencia de una ontología, de una concepción de la vida y las cosas, en suma, de un modelo cognitivo que siempre estuvo allí, pero que hasta ahora no era tomado en cuenta por las clases dirigentes en el sistema político y económico de sus países. En Bolivia y Ecuador, dos de los países sudamericanos con más alto porcentaje de población indígena, las comunidades indígenas lograron expresarse con autonomía en el orden político, llevando a cabo importantes cambios en el orden constitucional, social y económico de sus países. Este proceso alcanza también a los demás países con fuertes componentes de población indígena, como los demás del Pacto Andino y Centroamérica, donde las comunidades indígenas van integrándose políticamente como factores de opinión y de poder.

Loris Zanatta, en su Historia de América Latina, califica este proceso como una “emancipación material y simbólica”, emplea la palabra “rescate indígena”, una legitimación de antiguas ambiciones constituyentes de las comunidades indígenas, que combina algunos elementos “arcaicos” y otros innovadores. Señala que allí donde las barreras étnicas han sido más rígidas, la población indígena, marginalizada de la política y en los más bajos segmentos de la escala social, está accediendo al plano político “a través de los medios de los que solía estar excluida”, y se pregunta si su evolución irá a dar en un “exclusivismo étnico”.

En cualquier caso, el movimiento indigenista expresa siempre una prioridad de lo comunitario sobre lo individual, un pragmatismo que suele ser reacio a ontologías

extrañas, como el marxismo, un gran apego a la tierra, divinizada como la Pachamama y, por extensión a sus recursos naturales, con una cierta proximidad a las ideas y a los sentimientos nacionalistas y antiliberales. Todo lo cual puede dar en una posición fuertemente nacionalista y relativamente antinómica a la globalización, como en el caso del Ecuador de Rafael Correa, o más moderada y funcional, como en el caso de la Bolivia de Evo Morales.

Las creencias. En el plano religioso, América Latina se ha vuelto más progresiva y pluralista en los últimos años. En parte como consecuencia de esa autonomía cultural de los sectores sociales, y en parte también como un efecto secuela de la fractura de la Iglesia Católica a partir del Concilio Vaticano II, prolongado en América Latina en el conflicto entre el clero revolucionario de la Teología de la liberación y la reacción que provocó en la jerarquía eclesiástica tradicional, la Iglesia católica ha perdido influencia en Latinoamérica, donde el porcentaje promedio de católicos ha caído del 90% al 70% de la población en las últimas décadas. Sobre todo, ha perdido buena parte del poder de influencia que ejercía sobre el poder, como lo expresan las últimas reformas legislativas en temas que son de su interés preeminente, como la educación, el aborto, las cuestiones morales como el régimen del matrimonio y la sexualidad.

Ello no significa que “Dios ha muerto” en América Latina, por el contrario todo indica que hay una fuerte demanda de fe, que actualmente busca orientación en otros credos y sectas. El tema tiene una alta prioridad en la agenda del Papa Francisco, como lo ha demostrado el encuentro con la juventud en Río, este último año.

La concentración urbana. A ese fenómeno se suma un creciente proceso de concentración urbana, mayormente en grandes ciudades, que aceleran el proceso de globalización cultural latinoamericano. Allí se reproducen las características sociales de las grandes metrópolis globales, o sea sociedades más seculares, progresistas y racionales, que se incorporan rápidamente a la cultura cosmopolita del consumo, a las pautas sociales de los medios, desarrollando culturas en la que el sentido de los roles se ve suplantado por la diferencia de ingresos y la capacidad de consumo, que se expresan, se comunican y por lo tanto se organizan “en red”. Una manifestación, en suma, de lo que se denomina la “biopolítica” posmoderna.

El matiz diferencial latinoamericano se da, en este sentido, en la rapidez, manifestación quizás de aquélla “aceleración de los tiempos” latinoamericanos de la que hablamos arriba, con que este proceso de reconfiguración y resignificación social se está dando en

las grandes ciudades latinoamericanas, que se convierten en el nudo de la transversalidad regional y global.

Pobreza, desigualdad y marginalidad. América Latina no podía permanecer ajena a tres cuestiones sociales de primera importancia en el contexto de la globalización: la reducción de la pobreza; la cuestión de la desigualdad social; la cuestión de la inclusión social. Aprovechando un cuadro de condiciones externas muy favorables para las economías latinoamericanas en esta primera década del siglo, los Gobiernos latinoamericanos han progresado en la reducción de la pobreza y la construcción de clases medias, y han producido un segundo gran movimiento de inclusión social a nivel regional. No así en cuanto a la desigualdad social, que ha aumentado.

El esfuerzo por la inclusión social ha sido importante y ha logrado producir una segunda “ola” de inclusión social, de magnitud comparable con el primer proceso de inclusión social que tuvo lugar en latinoamérica a mediados del siglo pasado, acompañando las políticas de desarrollo industrial y modernización posteriores a las dos guerras mundiales. Sin embargo, es preciso notar una diferencia significativa para la conformación de la sociedad latinoamericana del futuro: aquéllas políticas de inclusión social de mediados del siglo XX tendieron a crear una clase obrera asalariada, organizada e integrada al aparato productivo, mientras que este segundo movimiento inclusivo se ha dirigido a incentivar y mantener el consumo mediante planes sociales y “transferencias condicionales”, que torna la inclusión más lábil a las decisiones políticas y a las condiciones económicas generales, generando al mismo tiempo una peligrosa tentación a la administración clientelista de las ayudas.

La educación. En el campo de los grandes desafíos pendientes para América Latina deberíamos anotar la cuestión de la educación. Preocupada como suele estar la gente por las necesidades más urgentes, es un tema que no siempre emerge en las encuestas sociales, con lo cual los políticos no suelen hacerlo asumir como propio en las campañas electorales. Pero es un problema que preocupa seriamente a los académicos, estrategas e intelectuales en general, mayormente teniendo en cuenta que en un mundo en cambio en un proceso de cambio gobernado por la revolución científica y tecnológica, la educación, el desarrollo de la ciencia pura y la investigación son fundamentales.

El tema ha surgido como una preocupación de carácter prioritario en la reciente reunión decimoquinta del Foro Iberoamérica, en Ciudad México, por mencionar la ocasión más próxima. El problema actual no es tanto la alfabetización, como en el siglo pasado, pero si

la educación básica, universitaria y la inversión en investigación científica y tecnológica. En Brasil, donde los gobiernos laboristas de Lula y Dilma han puesto énfasis en la materia, apenas un 40% de la población estudiantil termina la enseñanza media. Sin embargo, no es solamente un problema de permanencia, el problema de la calidad de la enseñanza media, y en particular de la enseñanza pública también es crucial. Cristovam Buarque, en un reciente reportaje publicado por el diario El País, destaca tres problemas críticos en la educación brasileña: el problema de la calidad de la enseñanza; la falta de profesionalidad en la enseñanza, debida a los bajos salarios, la carencia de una carrera nacional de magisterio que esté sometida a una evaluación constante y la falta de equipamiento educativo, que marca la desigualdad entre la educación pública y privada; y la falta de escuelas en todo el país. Los problemas brasileiros se repiten en otros países latinoamericanos: Chile va por su segunda reforma educativa; Argentina enfrenta serios problemas de permanencia en el Norte del país y baja calidad en su educación en todos los niveles, y así siguiendo...

La política

Democracia, igualdad, orden y progreso. América Latina se independizó “para” la democracia. La democracia ha sido su causa eficiente desde los tiempos de la independencia, el valor rector de la política, la única fuente de legitimidad universalmente reconocida desde siempre en América Latina, aún en los países y en los momentos en que se suspendía su vigencia. Sin embargo, el discurso latinoamericano de la democracia se ha construido con un acento puesto primordialmente en la igualdad, tal vez más que en la libertad. La búsqueda de la igualdad significó una aspiración al cambio y al progreso, procurado a través de las sucesivas reformas políticas, agrarias, educativas y sociales encaradas en los siglos XIX y XX. No obstante ello, cuando la democracia ha entrado en colisión con el orden y el progreso, en la praxis histórica las sociedades latinoamericanas han privilegiado el orden y el progreso, cuyo “restablecimiento” ha sido invocado como fundamento por los numerosos golpes de estado y movimientos revolucionarios de los dos últimos siglos. En nombre de la “razón de Estado” y la restauración o la continuidad de los más altos valores de la nacionalidad, los gobiernos de facto latinoamericanos han permanecido en el poder por períodos más o menos prolongados, con el acatamiento más o menos general de la población, en una cierta “legitimidad de ejercicio”. Pero lo cierto es que todos ellos han mantenido el poder supeditados a una condición de posibilidad tácita, que ha sido su capacidad de proveer a las aspiraciones generales de orden social y

progreso. Cuando en la percepción general el gobierno de facto ha agotado sus posibilidades de garantizar las aspiraciones de progreso o ya no puede mantener el orden social pacíficamente, el retorno a la democracia es inminente. En suma, el restablecimiento de la democracia en América Latina guarda más relación con la prudencia política de oficialistas y opositores que con la fidelidad general a los principios democráticos.

Democracia de mayorías. Por otra parte, la democracia en América Latina no siempre es entendida como un sistema de voluntad popular con contrapesos institucionales que resguardan los derechos individuales y las minorías, en el sentido de “democracia republicana o constitucional”, sino que muchas veces, sobre todo a nivel popular, es percibida como el imperio de la voluntad de la mayoría consolidada en un liderazgo o movimiento popular. En rigor, esta condición probablemente se deba en parte al fracaso de las democracias representativas y republicanas de contenido liberal del siglo XIX, que no supieron contener y resolver las crisis de crecimiento de ese siglo. En todo caso, la modernidad que propulsaron les planteó problemas que no pudieron resolver, y la solución fue buscada en un compromiso con las tendencias tradicionalistas, de contenido nacionalista y corporativo, que empezaron a ensayarse a partir de los años 30. De resultas, en América Latina siempre ha pesado más que en Europa y Estados Unidos el liderazgo personal y carismático, percepción actualmente sostenida por un modelo cognitivo que se instala en casi toda la región a mediados del siglo pasado, en el cual pesan factores de identidad más que de clase social, una visión de la política de carácter organicista, antinómico y fuertemente nacionalista, que se impone por sobre el juego de las instituciones y los fundamentos racionales de la política.

Globalización y cambio social. La globalización también ha producido una vuelta de página importante en este campo por la simple razón de que actualmente las condiciones para el cambio social son, en última instancia, de resorte global. Es la globalización la que introduce, en realidad, las pautas de relacionamiento económico, y por lo tanto las reglas del cambio social y en consecuencia predetermina los cambios a los que nos vemos sometidos. Los gobiernos nacionales han perdido la capacidad, antes soberana, de incoar procesos de cambios sociales. En consecuencia, a nivel nacional, el ritmo de las reformas comienza a desacelerarse, entramos en el tiempo del “ajuste fino”, de la competitividad, de la homogeneidad, de reformas políticas tanto o más difíciles porque son políticamente poco convocantes, poco atractivas. Al no poder “graduar” el ritmo del cambio social y del proceso inclusivo según el criterio político local, la marcha se torna más lenta, más

penosa, y ya no se sabe muy bien cuál es el sentido del progreso, porque el destino ya no está fijado en un programa político tomado de algún espejo o algún legado, sino de la evolución global misma. Las conquistas sociales pueden establecerse por ley o decreto, pero en definitiva son los mercados los que las tornan efectivas, y a menudo se traducen en términos de consumos materiales que no modifican definitivamente los niveles sociales ni marcan un ascenso sustentable.

El dilema antisistema. En consecuencia, la democracia latinoamericana actual debe convivir con un poderoso sentimiento “antisistema”, que a su vez presenta un dilema corrosivo para la clase política y la credibilidad en la representación que ejercen. En un artículo reciente de Foreign Policy se analiza el dilema de los candidatos opositores en América Latina y, refiriéndose a las recientes elecciones en Brasil, afirma que la candidata Silva “enfrenta un dilema similar a otros líderes emergentes en el despertar de grandes protestas políticas: el cambio debe provenir trabajando desde dentro del sistema, y esos líderes fueron elegidos en parte por un voto antisistema”. Por lo tanto, se los condena por traidores o vendidos si procuran trabajar dentro de los límites institucionales y si se mantienen leales a la protesta se los condena por su incapacidad para controlar el parlamento con una gestión de coalición adecuada.”

En la tensión de este dilema, la política pierde su principal valor arquitectónico, que es el de promover un proyecto de futuro, un sentido en la marcha, que no puede ser suplido mediante la lectura de las encuestas o el acatamiento ciego a los deseos de una mayoría.

“La gente al poder”. En parte consciente de ese peligro, en parte por el desgaste de las plataformas de cambio y reforma social, hoy surge un rasgo común en la política latinoamericana: la apelación a la representación sin ideología, la legitimación por gestión democrática. El lema es “la gente al poder”, trabajar para solucionar los problemas de la gente de la calle, la opinión de los votantes, que es una forma de trabajar para el presente, privilegiar lo concreto del presente sobre las posibilidades y los imperativos del mañana. Y ese es otro desafío para la política latinoamericana actual: la falta de cultura estratégica y de largo plazo. Un desafío que conecta directamente a la política con la sociedad que la constituye, y nos remite nuevamente al desafío educativo: cuando los indicadores de la educación apuntan a la baja y las aspiraciones de progreso están supeditadas a condiciones que escapan a la voluntad soberana y la política ha resignado su vocación de plantear un futuro autónomo, el ciclo perverso se ha completado.

Localismo y corto plazo. “Pocas veces las transformaciones de los sistemas democráticos se hacen con objetivos de largo plazo. El fortalecimiento de las instituciones democráticas suele tener un enfoque de corto plazo, coyuntural y endógeno”, dice Leonardo Valdés Zurita, Consejero Presidente del Instituto Federal Electoral de México. “Es raro que las propuestas de cambios institucionales consideren las principales tendencias del contexto internacional y hacia dónde se quiere llevar al país en ese ámbito”. En México, como en la mayoría de los países latinoamericanos, existe un cierto desinterés por la política exterior como tal. Exceptuando las grandes decisiones sobre una eventual adhesión a un bloque de comercio o a un proceso de integración regional – que suelen implicar cambios inmediatos en la actividad productiva nacional, el empleo y otras cuestiones del presente – los temas de la política exterior carecen de atractivo popular y muchas veces ni siquiera figuran en los debates de campañas electorales. Un buen ejemplo de esto han sido las recientes elecciones en Brasil, país que emerge como potencia económica, que ejerce un cierto liderazgo de influencia a nivel regional, que se postula como futuro miembro permanente del Consejo de Seguridad, y es miembro de uno de los clubes más importantes de la política internacional, como son los BRICS, además de Mercosur y Unasur. No cabe duda de que en Brasil cuenta con un círculo de pensamiento estratégico, capacitado y activo en los temas de política internacional. La cuestión es que “el mundo” no es una cuestión política en las sociedades latinoamericanas, ni siquiera en Brasil, con todas esas cualidades.

Estructuras partidarias programáticas. En política, el largo plazo es competencia de los partidos políticos. Y esta es otra deficiencia general en los sistemas políticos latinoamericanos actuales: la carencia de estructuras políticas partidarias organizadas en torno a una doctrina y principios programáticos, o sea partidos que defiendan plataformas a largo plazo. Cuando esa carencia de estructuras políticas partidarias se combina con el afán inmedatista de la sociedad por colmar sus aspiraciones materiales y la voluntad de permanencia o el afán reeleccionista de los líderes políticos, constituye un peligro letal para la democracia como sistema republicano de garantías y contrapesos.

La crisis de representación. Y aquí volvemos a la cuestión del “tiempo” latinoamericano. En el curso de los dos últimos siglos América Latina ha realizado, a ritmo acelerado, el proceso de constitución y formación de sus Estados; ha creado sus instituciones básicas a imagen de los sistemas constitucionales europeos y norteamericanos; y ha cubierto, con mayor o menor éxito, una buena parte de las reformas económicas y sociales necesarias para equipararse al mundo desarrollado. En

otras palabras, ha transitado el proceso de la “rebelión política”, el momento constitutivo, la formación del Estado, la república liberal, su crisis y el advenimiento de las democracias de masas, la revolución y la contrarrevolución, todo en dos siglos de crisis y cambios, y ahora estamos ya en los albores de una nueva era. Este momento de cambio global se huele en el aire y repercute, como en el resto del mundo, en la credibilidad del sistema, en la “crisis de representación” que, por otra parte, es común a esta descomposición general del Estado moderno. Crisis de representación que a su vez replica en crisis institucional, una crisis de sentido que es sistémica. Vivimos un tiempo de “resignificación” de valores y postulados, de “reinención” y “reposicionamientos”. El “tiempo” de la biopolítica es vertiginoso, en latinoamérica como en el resto del mundo, y carece de silencios.

Democracia formal, democracia real. Entre 2009 y 2016 en América Latina deben realizarse 34 elecciones presidenciales, de las cuales ya se han celebrado 26. Es la primera vez que la región tiene una agenda electoral tan intensa e importante en un plazo de ocho años, debido en buena medida a las reformas constitucionales que acortaron los períodos de gobierno para permitir la reelección. Sin embargo, no se vive una pura euforia: según una encuesta de Latinobarómetro, en 2013 un 39% de los encuestados está insatisfecho con la democracia en América Latina. Para mucha gente, en particular aquéllos que miran hacia los aspectos institucionales de la democracia representativa, y republicana, el avance global de la democracia no es enteramente un progreso, e incluso puede significar un retroceso en la calidad de la democracia y de la vigencia de los derechos individuales, sobre todo en algunos países de la región. En América latina la democracia impera en la casi totalidad de los países que la integran, pero debe convivir con altos porcentajes de pobreza (27,9% para 2013, según la Cepal); con la distribución del ingreso más desigual del planeta; altos niveles de corrupción y con las tasas de homicidios y delitos violentos más altas del planeta.

¿Cuáles son las deficiencias y desafíos de nuestras democracias latinoamericanas en el siglo XXI? En un reciente artículo, Daniel Zovatto, Director Regional para América latina y el Caribe de IDEA Internacional, señala que “las asignaturas pendientes abarcan los problemas institucionales que afectan la gobernabilidad y el Estado de Derecho, la independencia y la relación entre los poderes del Estado, el fenómeno de los hiperpresidencialismos y de las reelecciones, la corrupción, las limitaciones a la libertad de expresión, el funcionamiento deficiente de los sistemas electorales y del sistema de

partidos políticos, la falta de equidad de género, así como graves problemas de inseguridad ciudadana, factores que generan malestar con su funcionamiento.”

Los jóvenes, que son alrededor del 20% del electorado en América Latina, marcan este proceso con una característica generacional: en virtud del baby boom latinoamericano, la inmensa mayoría de ellos han nacido después de la ola contrarrevolucionaria de los setenta, o sea que muchos no conocieron a los líderes fundadores de los partidos tradicionales ni tienen idea de sus banderas políticas. Están marcados por el pesimismo y la indiferencia de sus padres, pero no tienen la experiencia de haber vivido sin democracia y lo difícil que fue recuperarla. Están conectados en la red, pero en su gran mayoría no leen periódicos, menos aún artículos de opinión y pensamiento. Y tienen, en cambio, una mayor experiencia y propensión a los medios de participación directa.

La economía

Un ciclo beneficioso. La notoria mejora de los términos del intercambio, el aumento de la inversión directa y las condiciones favorables para el financiamiento internacional en la primera década del 2000 - con la breve excepción marcada por las crisis de 2008-2009 -, sumada a una nueva tónica general de políticas macroeconómicas prudentes, que supieron mantener racionalidad fiscal y control de la inflación, colocó a América Latina en otra situación económica, de mayor autonomía y mejores horizontes de desarrollo.

Desacople y mayor resiliencia. Una de las constataciones más importantes que hizo el Fondo Monetario Internacional en su reunión de primavera del 2013 fue la del “desacople” de las economías latinoamericanas en relación a las economías avanzadas a partir de las crisis norteamericana de 2007 y europea de 2008-2010. En esos años América Latina, apoyada por la demanda de materias primas y la inversión de China, se convirtió en un motor de crecimiento de la economía mundial. Aumentó el comercio horizontal, y los países de América del Sur se vieron particularmente beneficiados del empuje de Brasil y, en forma más o menos mediata, de China. Adicionalmente, el FMI comprobó una mayor resiliencia de las economías latinoamericanas a los efectos de los shocks externos, lo que, sumado a lo anterior, la convierte en un actor autónomo de la economía global.

Después de los años 90, de crisis financieras y ajustes estructurales, este buen viento de la economía fue el motor de un cambio importante, que también tuvo sus efectos políticos y sociales. Las democracias latinoamericanas, que hasta los noventa se vieron jaqueadas

por las crisis financieras de los mercados emergentes, pudieron desplegarse con mayor libertad. La carga de la deuda externa “se achicó” por el crecimiento de la producción y liberó a la política de las tradicionales limitaciones externas.

No solamente hubo una mayor demanda de bienes primarios, que son la principal exportación de muchos países latinoamericanos, sino un aumento importante de la oferta y un incremento de la productividad a nivel de factores, o sea una mayor eficiencia productiva. La región se tornó más atractiva aún a la inversión extranjera por este diferencial de retorno, y tuvo un incremento de la inversión externa del 207.8 % desde 2003 (Brasil y México a la cabeza del ranking de beneficiarios, pero también Paraguay y Perú, por mencionar países de menor capacidad económica). En América Central y Caribe, la débil situación fiscal y la recurrencia de déficits en cuenta corriente (por importación de alimentos y otras materias primas o energía) marcaron una diferencia negativa con el Sur.

Los países más beneficiados de este proceso benéfico de inversiones y crecimiento fueron los que estaban conectados a los mercados financieros y aquéllos que se conectaron en el curso de la década, como Bolivia y Chile, y Venezuela por el aumento del precio del petróleo.

Perspectivas. Esta etapa de bonanza parece haber terminado, en cierta medida, en 2013. La falta de una solución definitiva al problema del endeudamiento fiscal norteamericano, sumada a la lentitud y dificultades de la recuperación europea, han vuelto a colocar al mundo, incluida China, en un escenario de corrección de índices a la baja. Las previsiones del FMI anticipan un 2014 de bajo crecimiento para América Latina.

Estados Unidos, Europa y China son los tres actores principales de las relaciones exteriores de los países latinoamericanos, principalmente en el campo económico. Estados Unidos y Europa mantienen sus niveles históricos y siguen siendo la fuente principal de tecnología y bienes de capital, y China viene desarrollando una diplomacia muy activa hacia la región, lo que le está ganando una participación creciente.

En un contexto de bajo crecimiento económico (según el FMI, este año la región crecerá por debajo del 2%) e intensa maratón electoral, los gobiernos tendrán que hacer frente a las expectativas y demandas ciudadanas en condiciones de mayor austeridad. Como bien señala Augusto de la Torre, economista jefe del Banco Mundial para América Latina: "Se acabó la década dorada en la que la región creció en promedio 5 y 6% y con equidad social. Se prevé que este año crecerá cuanto más un 2%, lo que podría implicar un

posible estancamiento del progreso social". Como consecuencia de todo ello, los conflictos sociales seguirán presentes (o incluso aumentarán) con reclamos que, si bien no pondrán en juego la continuidad democrática, seguramente, harán la gobernabilidad más compleja.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DANTE CAPUTO, Gobernando el futuro / Escenarios latinoamericanos hacia 2020, Fondo de Cultura Económica, 2014.

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL, Perspectivas de la Economía Mundial, Octubre 2014.

FOREIGN POLICY, "The subtle art of the Brazilian majority", octubre 2014.

GIANNI VATTIMO, Dios es comunista, Editorial Fedun, 2014

LORIS ZANATTA, Historia de América Latina / De la colonia al siglo XXI, Siglo Veintiuno, 2012.

MARICHAR SALINAS, CARLOS, "El poder detrás del trono", El País, 22 /10/2014